

VERSION ESPAGNOLE ET COURT THÈME

I. VERSION

Seguimos viaje sin que mediara palabra y, sin más incidencias que algún atasco esporádico, hicimos nuestra entrada a las abigarradas arterias urbanas, cuya visión, tras tan largo alejamiento, me ensanchó el corazón e hizo acudir lágrimas a mis ojos, pese a que mal podía dar rienda suelta a mis emociones en la incómoda posición en que me hallaba, porque viajaba de hinojos y sin otro sostén que las rodillas de los agentes, a las que procuraba yo no arrimarme mucho para eludir tocamientos que pudieran ser mal interpretados. Así llegamos a una calle céntrica pero no excesivamente concurrida, en la que se detuvo el coche. Nos apeamos el comisario los agentes y yo y anduvimos hasta una puerta de hierro desprovista de todo rótulo, que el comisario abrió, entrando acto seguido, y cuyo umbral traspuse yo ayudado por los puntapiés de los agentes, quienes habiendo procedido así se retiraron.

Nos encontramos el comisario Flores y yo en un pasadizo bajo de techo, iluminado por unos fluorescentes que de éste pendían y a lo largo del cual se alineaban bolsas de basura harto apestosas. No se detuvo empero el comisario a degustar estos detalles, sino que avanzó a grandes zancadas arrastrándome por la manga, hasta que otra puerta nos cerró el paso, bien que sólo hasta que el comisario la hubo abierto. Franqueada aquélla, aparecimos, con gran sorpresa por mi parte, en una enorme cocina en la que trajinaban no menos de doce personas trajeadas de bata blanca y tocadas con esos extraños gorros tubulares que distinguen la profesión de cocinero de cualquier otra de las que en el mundo se ejercen. De lo exquisito de los aromas que allí flotaban y de la primorosa apariencia de algunos platos ya listos para ser servidos deduje que la cocina en cuestión debía de pertenecer a algún restaurante de lujo y no pude menos de establecer una dolorosa comparación entre semejante edén y la cocina del manicomio con su imperecedero hedor a organismos fermentados, aunque debo decir, en honor a la verdad, que en el santuario de la gastronomía en el que momentáneamente me encontraba percibí a un cocinero que se refrescaba los pies en un perol de vichyssoise.

Atravesamos la cocina sin que nadie nos diera el quién vive y salimos de ella, no por unas puertas batientes que seguramente daban al comedor, sino por otra afín a las antes descritas que daba a un segundo pasadizo cuya descripción sería igualmente redundante, salvo por el elemento de la basura, del que este último carecía. El pasadizo de cuya descripción acabo de hacer gracia al lector moría en un montacargas tan amplio como vacío, en el que subimos un número indeterminado de pisos y del que emergimos en un cuarto donde había un carretón lleno a rebozar de ropa arrebujaada. Siempre en pos de otros horizontes, dejamos el cuarto de la ropa sucia y salimos a un pasillo ancho y largo. El suelo estaba cubierto de una

mullida alfombra, del techo colgaban lámparas de cristal y otros objetos de buen gusto y a los costados menudeaban puertas de madera noble. Todo daba a entender que estábamos en un hotel, pero ¿ en cuál ?

Eduardo MENDOZA, *El laberinto de las aceitunas*,
Barcelona : Seix Barral, [1982] 1995, p. 13-15.

II. THÈME

Un soir il vint des bohémiens. C'étaient des hommes étranges et formidables qui vivaient au bord de la route, dans une voiture verte, loin d'une civilisation qu'ils méprisaient. Le jour, leurs ombres s'étendaient toutes bleues sur le sable, comme le grand poisson de Tobie dans l'histoire sainte. Le soir, dans l'ombre, on ne voyait plus que leurs yeux ; ils faisaient, accroupis sur la route, des repas sombres de vins noirs et de sauces ténébreuses, ils avaient l'air de manger du charbon et lançaient des crachats blancs dans la poussière ; ils parlaient une langue étrange, dure et mystérieuse, que Jérusalem écoutait sans la comprendre (il se surprenait ensuite à en répéter un mot saisi au hasard, sans savoir ce qu'il disait, comme s'il y avait eu dans ce mot quelque vertu magique). Quand ils avaient fini de manger, les hommes bourraient leur pipe en silence avec un tabac qui sentait le miel, et les crapauds chantaient dans la vallée. Alors on se sentait passer au fond de l'âme un grand désir de pays étrangers, de neiges norvégiennes¹ et de géographies neuves.

Alexandre VIALATTE, *La complainte des enfants frivoles* [1925], Paris : Le Dilettante, 1999, p. 30-31.

¹ Noruego : De Noruega, país europeo.